

Una novela que invita
al optimismo y a la felicidad

BETH MORREY

LA SEGUNDA
VIDA DE MISSY



Quisquillosa, malhumorada... terriblemente solitaria. Missy Carmichael tiene una vida sin demasiados cambios ni emociones. Ya casi nunca habla con su hija, y su hijo y único nieto viven en Australia, en las antípodas del mundo. Sabe que quizá su comportamiento tiene mucho que ver con su soledad, pero cambiar puede ser tan difícil a veces.

Un encuentro casual en el parque con dos mujeres muy diferentes entre sí y un enérgico perro le brindarán la oportunidad de adentrarse en un mundo nuevo donde hay un hogar para la esperanza.

La segunda vida de Missy es un homenaje a la amistad, la familia y el poder del perdón, a todo aquello que convierte lo ordinario en extraordinario.

Índice de contenido

Cubierta

La segunda vida de Missy

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Segunda parte

- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Tercera parte

- Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Cuarta parte

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Agradecimientos

Sobre la autora

A mis padres y a Ben, mi primer oikos

«Todo corazón canta una canción que está incompleta hasta que otro corazón la repite susurrando».

(Atribuido a Platón)

PRIMERA PARTE

*«Ten el anzuelo siempre pre-
parado;
cuando menos se espera...»*

Ovidio

Capítulo 1

El día que aturdieron a los peces hacía un frío glacial. Tan glacial que estuve a punto de no ir a verlo. Tendida en la cama aquella mañana, mirando la pared desde primera hora, me sentí más vieja y apática que nunca. En fin, ¿para qué iba a levantarme y calzar estos apergaminados pies míos con las zapatillas de piel de cordero que acababa de estrenar? Quizá por una curiosidad vaga... una tiene que agarrarse a ese último vestigio de una mente inquisitiva, impedir que desaparezca.

Todavía con la bata puesta, estuve en la cocina preparando té y mirando el correo electrónico para ver si había algún mensaje de Alistair. Bueno, mi hijo sin duda estaba ocupado con su investigación. Las zapatillas que me regaló en Navidad resultaban acogedoras a causa del frío matutino. Había un mensaje de mi hija Melanie, pero era solo para hablarme de un documental que pensaba que me gustaría ver. A menudo confundía los gustos de su padre con los míos. Me comí una tostada, pensé en mi última conversación con ella y durante un momento sentí el esczor de la vergüenza en el cogote. Mejor sería olvidarla, así que leí la prensa *online* y me enteré de que David Bowie había muerto.

A mi edad, leer necrológicas es un peligro generacional, los contemporáneos van cayendo uno tras otro; cada necrológica era una cámara vacía en mi pequeño revólver. Durante un tiempo procuré hacer la vista gorda, como si no hacer caso de la muerte pudiera engañarla de alguna manera. Pero las personas seguían muriendo mientras otras lo

comunicaban y seguramente había un diablillo perverso que me obligaba a estar al día. La muerte de Bowie me afectó más que muchas otras, aunque la verdad es que nunca había escuchado su música. Lo recuerdo presentando *The Snowman*, la película de dibujos animados, aunque cuando fui a verla con mi nieto por Navidad, habían cambiado la presentación por otra cosa. Así que solo recuerdo a Bowie con una bufanda y con aspecto sombrío, y por alguna razón la imagen me resultó inquietante. La cama deshecha me atraía, pero entonces oí la voz de Leo en mi cabeza, como ocurría a menudo:

—¡Espabila, señora Carmichael! ¡Adelante y arriba!

Así que subí a mi cuarto para ponerme los pantis más gruesos y una falda de lana, torcí el gesto al ver las putrefactas venas azules y los huesos me crujieron cuando bajé la escalera para buscar el abrigo. Peleando con los botones, me senté un instante para recuperar el aliento, pensando en el cartel del parque que había visto la semana pasada.

La depresión posnavideña había sido especialmente aguda aquel año, el cálido brillo de las fiestas deslucido por la partida de Alistair, y con la suya, la de Arthur, mi nieto de oro, cuya voz tenía ya las inflexiones cantarinas del acento australiano. Y seguía siendo difícil estar en el parque sin recordar a Leo. Creía mucho en los paseos reconstituyentes; le gustaba menospreciar a los corredores engreídos y reprendía jovialmente a los ciclistas. Cada paisaje tenía un eco descorazonador, pero yo no tenía fuerzas para resistirme a su llamada: era la vecina canosa que vagaba sin rumbo. Había un roble que visitábamos a menudo (a Leo le gustaba aquel tronco viejo y retorcido, decía que era una versión fagácea de él, con arrugas que se multiplicaban en la vejez). Aquel día me habría quedado allí durante horas, pensando en las musarañas, pero me distrajo un niño con una voz parecida a la de mi Arthur. Un niño de su misma edad que tiraba ansiosamente de su madre mientras esta

leía un cartel sujeto a las barandillas que rodeaban cada lago. Me acerqué y fingí leerlo.

—¡Maaamiiii! —El niño tenía rizos dorados y migas de galleta en la comisura de la boca que pedían ser limpiadas. Los niños son tan hermosos, perfectos y brillantes como una castaña de Indias recién liberada de su cáscara. Qué lástima que todos crezcan para convertirse en abominables adultos. Si al menos pudiésemos conservar ese atolondramiento, esa energía llena de posibilidades, ese afán de abrazarlo todo...

—Jolín, Otis, déjame respirar —dijo la madre con un fuerte acento irlandés, soltándose del niño. Tenía el pelo teñido de rojo y me cayó mal al momento. Me miró de reojo: a mí, a la vieja chocha que miraba con envidia a su hijo, y seguí haciendo como que leía el cartel.

—¿Qué dices, Otito?

¿«Otito»? Por Dios, el personal de hoy.

—¡Van a electrocutar a los peces! ¿No quieres verlo?

Los cuidadores del parque tenían que cambiar los peces de un lago a otro y había que aturdirlos antes. Electrocutar peces. Nunca había oído nada parecido, ni siquiera sonaba muy interesante, pero si yo podía ver otra vez a «Otito» tal vez se me aflojara un poco el nudo que sentía en la garganta desde que Ali y Arthur habían subido al avión. Después de todo, tenía que hacer algo...

Desde aquella tarde de la semana anterior había cambiado de opinión media docena de veces, demorándome en la decisión como solo los aburridos e inseguros terminales son capaces de hacer. Al final, decidí ir para tener algo que contar a Alistair. Mi vida se había vuelto tan rutinaria que cada vez me preocupaba más que él me considerase superficial, y solo leía el periódico (incluidas las necrológicas) para saber de qué estaba hablando cuando comentaba la metedura de pata de algún político o preguntaba qué nuevas obras de teatro se habían estrenado en el West End. Seguro que Ali se sintió impresionado cuando fui a la

exposición de Turner, así que coger tres autobuses bajo la lluvia mereció la pena.

Aunque ver una carpa electrocutada no era lo mismo que asistir a una deslumbrante excursión por la ciudad, era mejor que nada. Así que allí estaba, lista para ver el aturdimiento de los peces con mi mejor abrigo, pensando ya en el correo electrónico que escribiría cuando volviera a casa. Quizá tropezara con el pequeño Otis y diera de comer a los patos con él, y coincidiera con su madre en la cola del café, y... me perdí en este punto, y casi di media vuelta, pero por entonces tenía ya las piernas entumecidas por el frío, y el banco de los lagos estaba más cerca.

Se había reunido un pequeño grupo para mirar. Alguien repartía cruasanes y, cuando me ofrecieron, cogí uno, no porque tuviera hambre, sino porque fue tranquilizador que me vieran. Me lo llevé a la boca y me acordé de cuando Leo y yo estuvimos en París, y comimos napolitanas a orillas del Sena, y luego fuimos a una librería, él se subió a una desvencijada escalera mientras yo acariciaba a un gato acurrucado sobre un sofá raído y me quitaba restos de hojaldre de entre los dientes, y ponía atención en qué mano usaba para una cosa y otra. Durante todo el día las manos me olieron a chocolate y a gato, porque no encontramos ningún sitio para lavármelas. Los ojos se me llenaron de lágrimas: Leo y yo ya no volveríamos nunca a París, aunque no era un recuerdo especialmente agradable, ya que la ciudad me pareció sucia y poco cordial, no había espacios verdes y a pesar de que Leo hablaba un francés fluido, los franceses hacían una mueca al oírlo, porque se notaba que era inglés y tenía un acento tan inflado como sus cruasanes.

Me senté en el banco a cámara lenta, parpadeando, esforzándome por recuperar el aliento, hasta que una cálida voz patricia dijo:

—Oh, cariño, no ponga esa cara de asco... no son de Greggs ni mucho menos. Los he hecho yo misma.

Una señora cuarentona, con unos ojos negros como el azabache, me sonreía agitando una servilleta, así que me esforcé por morder el cruasán y murmurar «Gracias», maldiciéndome por ser una vieja tan distraída. Siguió moviéndose entre la multitud, repartiendo bollería y comentarios, hasta que todo el mundo avanzó, así que me puse en pie de nuevo y vi a dos hombres con botas de pescador y cazadora fosforescente que cruzaban el estanque en una barca de aspecto curioso.

De un artilugio circular situado a un metro de la proa pendían unas varillas que se sumergían en el agua, como un carillón gigantesco. A mi lado había un tipo que explicaba el proceso a la mujer que estaba junto a él. El aparato funcionaba en combinación con un conductor que había en el casco y formaba un campo eléctrico en el agua por la que pasaba la barca, que llevaba a bordo una palanca para controlar la corriente. Los hombres trazaban círculos amplios en el lago, uno manipulando la palanca y el otro, de rodillas, preparado para utilizar una red. Durante un rato no ocurrió nada, pero entonces una brillante boya gris apareció alegremente en la superficie: el primer pez aturdido.

—Ooooh —exclamaron los espectadores, aplaudiendo educadamente. Entonces empezaron a salir por todas partes, brillantes y flácidos, listos para ser pescados. Cada vez que el hombre de la barca atrapaba uno, los espectadores vitoreaban y entrechocaban los vasos de cartón llenos de ponche.

Pero cuanto más duraba, más inquietante se volvía. El agua que salpicaba cuando salían temblando a la superficie, el largo susurro de la red, el golpe seco que producían al caer en el contenedor. Salpicaduras, susurro, golpe. Salpicaduras, susurro, golpe. Luego... convulsiones. El aturdimiento duraba lo imprescindible para subir los peces a la barca. Aquellas grandes carpas de aspecto prehistórico, cubiertas de barro, llegaban a bordo e inmediatamente empezaban a sacudirse y agitarse. Salpicaduras, susurro, gol-

pe, salpicaduras, susurro, golpe. Convulsión, convulsión, convulsión.

Estás nadando feliz y sin ninguna preocupación en este mundo y cuando menos te lo esperas aparece un palo que te deja grogui unos momentos, y luego todo es diferente y apenas puedes respirar a causa de la conmoción. Y no hay ningún mérito en sobrevivir, porque te limitas a nadar interminablemente en otro lago, boqueando sin el menor objeto. Yo preferiría que me mandaran al otro barrio. Polvo al polvo. No poder respirar, quita, quita. Salpicaduras, susurro, golpe. Podría volver la cabeza y dejaría de verlo. No pienses, no pienses. Golpe, golpe, golpe. Me agarré a la barandilla, tratando de no hacer caso de las ramas que colgaban encima de mi cabeza, pero me picaba la piel de las manos y los pies, sentí que iba a estallar y me desplomé rodeada de manos estiradas y gritos lejanos, y todo se volvió oscuro...

Capítulo 2

Algo áspero me frotaba la mejilla, recorriendo mi rostro como un estropajo. Di un gemido y ladeé la cabeza.

—¡Ya despierta, apártense!

El estropajo volvió, áspero y caliente, acompañado de un aliento agrio. Cuando el hedor se me coló por las fosas nasales, hice una mueca.

—¡Echadle aire! ¡Nancy, no te pongas en medio!

Alargué débilmente la mano y palpé un pellejo. El estropajo me resbaló por el dorso. Una lengua. La aparté y gemí de nuevo.

Debió de pasarme algo, porque cuando volví en mí, estaba recostada en el banco y la mujer de la bollería y los ojos de azabache me había puesto una servilleta húmeda en la frente mientras los mirones acechaban por encima de su hombro. Bregando por salir a la superficie, sudorosa y desorientada, aún sentía la conexión con el inframundo del que volvía, y cerré los ojos de nuevo, esperando que todo desapareciera.

—¡Rediez! Le ha dado una buena, querida —dijo la mujer, sujetándome la muñeca—. No sé qué estoy haciendo con esta tontería del pulso —añadió, sacudiéndome suavemente la mano—. ¿Qué es lo normal, después de todo? ¿Setenta, ochenta? No lo sé. No, no se levante aún.

—Oh, no, estoy bien, de verdad. —Bajé las piernas del banco—. Siento haber sido una molestia, no sé qué me ha pasado. —La oscuridad iba desapareciendo, reemplazada por el sudor igualmente frío de la vergüenza. Tenía la meji-

lla y la mano cubiertas de una sustancia pegajosa y tenía ganas de ir corriendo a lavarme.

—Habrá sido el tiempo, querida. Hace un poco de frío, ¿verdad? Quedémonos un rato sentadas y miremos los árboles. ¿A que son hermosos? ¿Quiere otro cruasán? Venga, coja fuerzas. A propósito, me llamo Sylvie. Y estas son Nancy y Decca.

Aún mareada, me di cuenta de que se refería a dos pequeñas perras azuladas que estaban tendidas a sus pies. Cuando se sentó en el banco, las perras saltaron, una a cada lado de la mujer, y tuve que apartarme para dejarles sitio, limpiándome el dorso de la mano en la falda. Nos quedamos sentadas comiendo cruasanes y mirando los árboles, que eran hermosos pero con un aire de desolación, rígidos, puntiagudos, señalando el cielo cubierto de nubes gris perla que los débiles rayos de sol atravesaban ocasionalmente, reflejándose en el lago. La multitud se había dispersado, aunque los hombres seguían dando vueltas por el lago, recogiendo los últimos peces.

—Al parecer, hay algo tóxico en el agua —comentó Sylvie, señalando el lago con la cabeza—. Espero que sobrevivan a la experiencia. Por cierto, ¿quién es Leo? ¿Su hijo? ¿Quiere que vayan a buscarlo?

Leo.

Nada me habría gustado más. Que alguien fuera a buscarlo y me lo trajera. Habría llegado, me habría cogido la mano y habría exclamado: «¡Missy! ¿Qué te ha pasado, vieja tonta?». Y habríamos vuelto a casa juntos y hubiéramos encendido un fuego para protegernos del frío. Otra vez brotaron las lágrimas y al limpiármelas me calentaron la punta de los blancos dedos.

—Discúlpeme —dijo Sylvie, acariciándome la mano helada—. No debería haber preguntado. Como pronunció ese nombre, pensé que quizá..., en fin, vamos a quedarnos un rato más, aquí sentadas, ¿le parece? No hay prisa.